

soldados, confusa reunión de todas las naciones; sino que también el mismo general. Porque cuando el ejército pasó de los murmullos á los gritos, reclamando el sueldo atrasado, y para quejarse primeramente de las raciones y después del hambre, y corrió el rumor de que los mercenarios, especialmente los españoles, habían formado el proyecto de pasar al enemigo, dícese que el mismo Aníbal pensó más de una vez huir á la Galia con la caballería, abandonando toda la infantería. Estos designios, esta disposición de los ánimos, le impulsaron á decampar y retirarse á la Apulia, cuyo clima más cálido era por lo mismo más precoz para las cosechas; además, cuanto más lejos se encontrase del enemigo, más difícil sería la deserción para aquellas gentes movedizas. Partió de noche y dejó hogueras como antes, y algunas tiendas levantadas para engañar los ojos, con objeto de retener otra vez á los romanos por temor de alguna emboscada. Pero habiendo comunicado el lucano Statilio, después de reconocer todos los parajes más allá del campamento y de las montañas, que se veía á lo lejos el ejército enemigo, agitóse en el acto el proyecto de perseguirle. Como cada cónsul conservaba su primera opinión, y Varrón tenía de su parte todo el ejército, mientras que á Paulo Emilio solamente le sostenía Servilio, cónsul del año anterior, queriéndolo la mayoría, partieron, impulsados por el destino, para hacer famosa á Cannas con una sangrienta derrota. Aníbal había acampado cerca de este pueblo, dando la espalda al viento llamado Vulturno, que en aquellos campos, abrasados por la sequía, levanta incesantemente nubes de polvo. Esta posición, muy ventajosa para el campamento, debía serlo mucho más en la batalla, puesto que el viento, que tendía solamente por la espalda, arrojaría sobre el enemigo una polvareda que le cegaría.

Los cónsules siguieron al cartaginés cuidando de reconocer el camino, y cuando llegaron á Cannas, á la vista del enemigo, establecieron dos campamentos, separados como los de Geronio, en los que distribuyeron las tropas. Corriendo el Aufido entre los dos campamentos, permitía á los romanos proveerse de agua con toda comodidad, pero no sin combatir. En el campamento pequeño, que estaba al otro lado del río, se tomaba el agua con más libertad, no teniendo el enemigo fuerzas en la otra orilla. Esperando Aníbal que los cónsules le darían al fin batalla en terreno conveniente para la caballería, que era su fuerza invencible, tomó sus disposiciones y hostigó al enemigo con sus núbidas para provocarle. Entonces la sedición de los soldados y las discordias de los cónsules agitaron de nuevo el campamento. Paulo Emilio recordaba á Varrón la temeridad de Sempronio y Flaminio, y Varrón acusaba á Paulo Emilio de seguir el ejemplo de Fabio, tan cómodo para los generales cobardes y holgazanes; y tomando á los dioses por testigos decía «que no era culpa suya si Aníbal tenía ya como el usufructo de Italia; que se encontraba encadenado por su colega; que se arrancaba el hierro y las armas á los soldados impacientes por combatir.» Paulo Emilio aseguraba por su parte «que si se exponía y entregaba las legiones á una batalla irreflexiva é imprudente, se eximía de toda responsabilidad; pero que en todo caso desempeñaría su parte; que por lo demás, su colega haría bien en examinar si aquellos que tenían tan ligera y temeraria la lengua, tendrían igualmente valientes las manos en el combate.»

Mientras pasaban el tiempo en altercados más bien que en discusiones, Aníbal, que había tenido sus tropas formadas en batalla la mayor parte del día, las volvió al campamento; pero envió las núbidas al otro lado del río para sorprender á los romanos del campamento

pequeño, que acudían á proveerse de agua. Apenas bajaron á la orilla, los bárbaros ponen en fuga con sus gritos y tumultuosa carrera aquella gente en desorden y se apoderaron de un punto delante de las fortificaciones y casi en las mismas puertas del campamento. Tanto indignó á los romanos ver una banda desordenada infundir terror en su campamento, que lo único que les impidió pasar el río y trabar en el acto la batalla, fué que aquel día mandaba Paulo Emilio. Así fué que, á la mañana siguiente, Varrón, que mandaba á su vez, sin consultar á su colega, dió la señal de combate é hizo pasar el río al ejército. Paulo Emilio le siguió, porque le era más fácil desaprobar que no secundar la empresa. Pasado el río, las tropas del campamento pequeño se unieron al ejército, que fué colocado en el orden siguiente: en el ala derecha, que se apoyaba en el río, la caballería romana, después la infantería; la caballería de los aliados se colocó en el extremo del ala izquierda y más cerca la infantería unida á las legiones romanas, que formaban el centro: los que combatían con armas arrojadas y los auxiliares armados á la ligera formaron la vanguardia. Los cónsules mandaban las alas, Terencio la izquierda y Emilio la derecha. Gemino Servilio mandaba el centro.

Anibal, que desde el amanecer había hecho avanzar á los baleares y demás tropas ligeras, pasó el río, formando los demás cuerpos de ejército á medida que llegaban. En el ala izquierda, que tocaba al río, opuso la caballería española y la gala á la romana, dió el ala derecha á los númidas y dispuso en el centro la infantería, de manera que los dos extremos los ocupasen los africanos y el centro los galos y españoles. Los africanos se parecían mucho al ejército romano, por las armas que cogieron en otro tiempo en las orillas del Tiber y especialmente en el desastre del Trasimeno. Los

galos y españoles llevaban escudos casi de la misma forma; pero sus espadas eran muy diferentes; las de los galos eran largas y sin punta, mientras que las de los españoles, más acostumbrados á herir de punta que de filo, las usaban cortas y agudas. Los guerreros de estas dos naciones eran igualmente terribles por su estatura gigantesca y rostros feroces. Los galos iban desnudos hasta la cintura y los españoles vestidos con túnicas de lino extraordinariamente blancas, bordadas de púrpura. La infantería se elevaba á cuarenta mil hombres y la caballería á diez mil. Asdrúbal mandaba el ala izquierda, Maharbal la derecha y Anibal se había reservado el centro, con su hermano Magón. El sol, bien por disposición hábil, bien por casualidad daba de soslayo á los dos ejércitos, lo cual era favorable á unos y á otros: los romanos miraban al mediodía, los cartagineses al norte; pero el viento que los habitantes del país llaman Vulturno, azotando el rostro á los romanos, les cubría con nubes de polvo que les impedían ver.

Lanzado el grito, avanzan los auxiliares y traban el combate las tropas ligeras. En seguida la caballería de los galos y de los españoles, que formaban el ala izquierda, ataca la derecha de los romanos; pero este encuentro en nada parecía combate de caballería, porque tenían que pelear frente contra frente, careciendo de espacio para extenderse y viéndose estrechados, de una parte por el río y de la otra por la infantería y obligados á dirigir todos los esfuerzos al frente. Los caballos permanecían inmóviles y aglomerados; los jinetes se cogían por el cuerpo para arrojarse al suelo y el combate se había transformado casi por completo en lucha de infantería. La pelea fué más empeñada que larga: rechazados los romanos, volvieron grupas. En el momento en que terminaba este empeño, comenzaba el de

la infantería. Al principio los galos y los españoles resistieron con igual valor y energía. Pero los romanos, después de largos y continuos esfuerzos, y gracias á sus líneas iguales y profundas, rompieron al fin el frente enemigo, poco profundo y por consiguiente endeble y que avanzaba en cuña fuera de la línea de batalla. En cuanto les vieron ceder y replegarse, atacaron con más brío, y siguiendo el impulso detrás de aquella tropa que huía con precipitación y en desorden, hasta su primera posición en el centro del ejército, llegaron al fin, sin resistencia, hasta la reserva de los africanos, que se había formado por ambos lados en alas curvas, mientras que los galos y los españoles habían avanzado desde el centro que ocupaban. Mientras este cuerpo destacado retrocedía á la línea de batalla y se replegaba en el centro ante enemigos encarnizados, los africanos habían formado la media luna: los romanos habían penetrado ciegamente en ella, aquellos acercaron sus alas, extendiéndolas y encerraron al enemigo por retaguardia. Los romanos entonces, abandonando un combate inútil, dejan los españoles y galos, cuya retaguardia habían destrozado, y comienzan con los africanos un combate nuevo, doblemente desventajoso, porque se encontraban encerrados y reducidos á hacer frente por todas partes, y porque, fatigados ya, tenían que luchar con tropas frescas y vigorosas.

Ya había comenzado el combate, aunque con poca energía, en el ala izquierda de los romanos, donde la caballería de los aliados se oponía á los númidas. Pero muy pronto se hizo notable por una perfidia verdaderamente púnica. Cerca de quinientos númidas, llevando además de sus armas ordinarias espadas ocultas debajo de la coraza, avanzan hacia los romanos, como desertores, con el escudo á la espalda, saltan de los caballos y arrojan los escudos y venablos á los pies de sus

enemigos, que les reciben en sus filas y les llevan á retaguardia con orden de permanecer inmóviles. Mientras el combate se generaliza en todos los puntos, permanecieron tranquilos; pero en cuanto vieron todos los ánimos y todos los ojos ocupados en aquella gran pelea, cogiendo escudos arrojados aquí y allá entre los cadáveres, caen sobre los romanos, que les volvían la espalda, é hiriéndoles ó cortándoles los jarretes, hacen gran carnicería y difunden entre ellos terror más grande aún. Como por un lado aparecían el terror y la derrota y por otro se sostenía el combate con obstinación y sin esperanza, Asdrúbal, que se encontraba en este último punto, manda retirar los númidas, que combatían blandamente, y les envía en persecución de los fugitivos, para sostener con la infantería española y gala á los africanos, cansados ya de matar, más bien que de combatir.

En otro punto, Paulo Emilio, aunque herido gravemente de una pedrada desde el principio de la acción, se lanzó frecuentemente á lo más recio de la pelea delante de Aníbal, y restableció el combate en diferentes sitios, sostenido por los jinetes romanos, que al fin echaron pie á tierra, cuando el cónsul no tuvo ya fuerzas bastantes para regir su caballo. Habiendo dicho en seguida á Aníbal que el cónsul acababa de desmontar á sus jinetes, refiérese que exclamó: «Tanto valía entregármelos atados de pies y manos.» Este combate de jinetes á pie fué como debía ser cuando ya no era dudosa la victoria del enemigo: los vencidos preferían morir en su puesto á huir; los vencedores, irritados por lo que demoraban la victoria, mataban á aquellos hombres que no podían rechazar, ahuyentando solamente algunos extenuados por la fatiga y las heridas. Entonces fué general la derrota, y todos los que pudieron hacerlo, montaron en sus caballos para huir. Cn. Léntulo, tribuno de los soldados, al pasar cerca del cónsul, que estaba sen-

tado en una piedra y cubierto de sangre, le dijo: «Paulo Emilio, único inocente de la tremenda falta de esta jornada, tú mereces la protección de los dioses; toma este caballo, mientras te quedan algunas fuerzas; yo puedo llevarte y defenderte. No hagas más siniestra aún esta jornada con la muerte de un cónsul; sin ella, habrá demasiado luto y lágrimas.» El cónsul contestó: «Valor, Cornelio, pero no pierdas por vana compasión el poco tiempo que te queda para escapar al enemigo. Parte, ve á decir al Senado que fortifique á Roma, que la provea de defensores, antes de la llegada del enemigo victorioso. Dí en particular á Fabio que Paulo Emilio ha vivido y muerto fiel á sus preceptos. Pero déjame sucumbir en medio de mis soldados, para no verme acusado de nuevo al terminar mi consulado, ó para no ser acusador de mi colega, para salvar mi honor á expensas del suyo.» En este momento llegó un grupo de fugitivos, después otro más numeroso de enemigos, que cubrieron al cónsul de venablos sin conocerle. Léntulo se vió arrebatado por su caballo en medio del tumulto, y desde entonces aquello fué una fuga á la desbandada. Siete mil hombres se refugiaron en el campamento pequeño, diez mil en el grande y cerca de dos mil en el pueblecillo de Cannas, donde en el acto les envolvió la caballería de Carthalón, no teniendo el pueblo defensa alguna. El otro cónsul, por casualidad ó deliberadamente, no siguió á ninguno de estos cuerpos y llegó á Venusia con unos setenta jinetes. Dícese que Roma perdió cuarenta y cinco mil infantes y dos mil setecientos caballeros, en partes casi iguales de ciudadanos y aliados. Contáronse entre los muertos los dos cuestores de los cónsules, L. Atilio y L. Furio Bibáculo; veintiún tribunos militares, muchos consulares, pretorianos ó edilicios, entre ellos Cn. Servilio Gemino y M. Minucio, jefe de los caballeros el año anterior y cónsul algunos

años antes; además, ochenta senadores ó antiguos magistrados á quienes su cargo debía dar ingreso en el Senado (1) y que se habían alistado voluntariamente en las legiones. Dícese que el enemigo se apoderó también de tres mil infantes y trescientos jinetes.

Tal fué la batalla de Cannas, tan famosa como la de Alia, pero menos grave en verdad en cuanto á sus consecuencias, porque el enemigo se detuvo, pero más terrible y funesta por la matanza que se hizo en las legiones romanas. La derrota de Alia entregó á Roma y salvó al ejército; pero en la de Cannas, al cónsul que escapó apenas le siguieron setenta hombres; y el otro pereció con casi todo el ejército. Como la multitud refugiada en los dos campamentos se encontraba sin jefes y casi sin armas, los del campamento grande enviaron á invitar á los del pequeño á que se reuniesen con ellos, mientras que el enemigo, cansado del combate y de la alegría de los festines, se entregaba al reposo de la noche para marchar juntos á Canusia. Unos rechazaban en absoluto la proposición. «¿Por qué los que les llamaban no acudían ellos mismos, puesto que allí también podía verificarse la unión? Sin duda porque el espacio que separaba los dos campamentos estaba lleno de enemigos y preferían exponerla vida de los otros á la propia á peligro tan grave.» Los otros hubiesen aceptado gustosos el consejo, pero les faltaba el valor. Entonces P. Sempronio Tuditano, tribuno de los soldados, les dirigió estas palabras: «¿Preferiréis acaso que se apodere de vosotros un ene-

(1) PARA reemplazar á los senadores muertos ó arrojados del Senado por los censores, se elegía en primer lugar á los que habían ejercido magistraturas curules, siguiendo ordinariamente el orden de nombramiento; en seguida se pasaba á los que ejercían ó habían ejercido magistraturas menores. Antes de que les nombrasen los censores y de pertenecer al número de los senadores, entraban en el Senado con voz consultiva.

migo avaro y cruel, ver puestas á precio vuestras cabezas; exigidos rescates por un vencedor insolente, que os preguntará si sois ciudadanos romanos ó aliados latinos, y hará de vuestras miserias y baldones honor para otro? ¡No! contestaréis, si sois dignos conciudadanos de Paulo Emilio, que ha preferido morir con honra á vivir en la vergüenza, y de tantos valerosos soldados que han caído en derredor suyo. Antes de que nos sorprenda el día y que acudan en mayor número los enemigos para cerrarnos el paso, abrámonos camino á través de los que, confundidos y desordenados, se agitan con tanto tumulto en nuestras puertas. El hierro y la audacia se abren paso á través de las filas más apretadas; formados en columna, pasaremos sin obstáculo en medio de esa tropa desbandada. Que me sigan, pues, los que quieren salvarse y salvar á la república.» Dicho esto, empuñó la espada y pasó en columna cerrada á través del enemigo; y como su flanco derecho se encontraba descubierto y á merced de los venablos de los númidas, pasaron el escudo al brazo derecho. En número de seiscientos próximamente, llegaron al otro campamento; y desde allí, reunidos con número más considerable, llegaron sanos y salvos á la ciudad de Canusia. En todo esto, los vencidos obraban por el impulso que daba á cada uno su carácter ó la casualidad, más bien que por determinación común ó por orden de alguno.

Cuando Aníbal vencedor se encontraba rodeado de jefes que le felicitaban y aconsejaban dedicase el resto del día y la noche siguiente al descanso, tanto para él como para su fatigado ejército, Maharbal, prefecto de la caballería, convencido de que no debía perderse ni un solo momento, le dijo: «Para que sepáis cuáles son las consecuencias de esta batalla, dentro de cinco días cenaréis en el Capitolio. Seguidme, yo os precederé con la caballería, para que el enemigo se entere de mi lle-

gada antes que de mi partida.» Este proyecto pareció á Aníbal demasiado hermoso y demasiado grande para adoptarlo en el acto. Así, pues, contestó: «que alababa el celo de Maharbal, pero que se necesitaba tiempo para meditar aquel consejo.» Entonces dijo Maharbal: «Veo que no lo han dado todo los dioses á un mismo hombre: tú sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovechar la victoria.» Generalmente se cree que aquel retraso salvó á Roma y al imperio. Al amanecer el día siguiente, los cartagineses se ocuparon en recoger los despojos y visitar el campo de exterminio, horrible hasta para enemigos. Millares de romanos cubrían el suelo, jinetes y peones confundidos aquí y allá, según les reunieron las peripecias del combate ó de la fuga. Algunos hombres que se levantaban ensangrentados de entre los muertos, agitados por sus heridas, que el frío de la mañana había irritado, fueron exterminados por el enemigo. Encontraron también algunos vivos aún, con los jarretes ó los muslos cortados, y estos, descubriendo el cuello y la garganta, pedían que derramasen el resto de su sangre; otros tenían la cabeza sepultada en el suelo, que ellos mismos habían horadado, como claramente se veía, amontonando sobre su cabeza la tierra removida para asfixiarse. Pero lo que atrajo todas las miradas, fué el espectáculo de un romano vivo, tendido sobre un númida muerto, con la nariz y las orejas desgarradas; su enemigo, no pudiendo empuñar un arma, en su acceso de rabia, le había mutilado con los dientes al expirar.

Habiéndose dedicado la mayor parte del día á recoger los despojos, marchó Aníbal para atacar el campamento pequeño; estableciendo primeramente una línea para quitar á los romanos el recurso del río. Por lo demás, como se encontraban extenuados por las fatigas, las vigilias y las heridas, se rindieron antes de lo que esperaba, con condiciones que les obligaban á entre-

pagar armas y caballos, á pagar trescientos cuadrigatos (1) por cada romano, doscientos por aliado, ciento por un esclavo, y que les aseguraban la libertad de marcharse con los vestidos después de pagado el rescate; en seguida abrieron el campamento al enemigo, que les puso á todos bajo buena guardia, los romanos en un sitio y los aliados á otro. Mientras se perdía el tiempo por este lado, los del campamento grande que se encontraron con bastantes fuerzas y valor, en número de cuatro mil hombres de á pie y de doscientos caballos, unos agrupados y otros dispersos por los campos, lo que no era menos seguro, se refugiaron en Canusia, y el campamento lo entregaron al enemigo, con iguales condiciones que el otro, los heridos y cobardes que habían permanecido en él. El botín fué inmenso, y exceptuando los caballos, hombres y plata, que se encontraba principalmente en los arneses de los caballos, porque los romanos tenían muy poca vajilla de plata en la guerra (2), todo lo demás fué abandonado al pillaje. Entonces mandó Aníbal reunir todos sus muertos para enterrarlos. Dícese que tuvo ocho mil, y de sus mejores tropas. Algunos añaden también que hizo buscar al cónsul romano y le dió sepultura. Los que se refugiaron en Canusia no habían recibido de los habitantes

(1) Monedas que tenían en el reverso la imagen de un carro.

(2) Dice Tito Livio que en esta época habia poca vajilla de plata en los campamentos; pero según parece, en tiempos del segundo Africano habia comenzado á introducirse este lujo en los ejércitos romanos, hasta el punto de que fué necesario reprimirlo. En efecto, en el sitio de Numancia Escipión prohibió á sus soldados los vasos y copas de plata grandes; Pascenio hizo la misma prohibición en su campamento y mandó además á los soldados que usasen escudillas de madera. Plinio reconviene á los romanos por el lujo que reinaba en sus campamentos, citándoles el ejemplo de Spartaco que prohibió el oro y la plata á los esclavos que mandaba.

más que asilo y alojamiento; pero una noble y rica apuliana, llamada Busa, les dió trigo, ropas y hasta dinero; en recompensa de esta generosidad, el Senado, terminada la guerra, le concedió honores.

En último caso, como entre estas tropas habia cuatro tribunos militares, Fabio Máximo, de la primera legión, cuyo padre habia sido dictador el año anterior; L. Publilio Bíbulo y P. Cornelio Escipión, de la segunda, y de la tercera Apio Claudio Pulquer, que recientemente habia sido edil, por consentimiento unánime se dió el mando á P. Escipión, muy joven aún, y á Ap. Claudio. En el momento en que deliberaban en corto número acerca de su situación, P. Furio Filo, hijo de un consular, se presentó á decirles: «Que en vano querrán restablecer una esperanza destruída; que la república está irremisiblemente perdida; que muchos jóvenes nobles, á cuyo frente se encuentra L. Cecilio Metelo, buscaban naves para abandonar la Italia y refugiarse en territorio de cualquier rey.» Este acontecimiento, deplorable por sí mismo, y sobre todo nuevo, hasta después de tantos desastres, les colmó de sorpresa y estupor, y los que se encontraban presentes, proponían deliberar acerca de ello. Pero el joven Escipión, el jefe que los destinos reservaban para esta guerra, replicó que el consejo nada tenia que ver en aquel asunto; «que en una calamidad tan apremiante, se necesitaba obrar y no discutir; que los que quisieran salvar la república no tenían otra cosa que hacer sino tomar las armas y seguirle; que los enemigos estaban verdaderamente allí donde se tramaban tales propósitos.» En seguida, acompañado por corto número, marchó al alojamiento de Metelo, y encontrando allí aquel conciliábulo de jóvenes de quienes le habían hablado, sacó la espada, y levantándola sobre su cabeza, dijo: «Estoy firmemente decidido á no abandonar la república romana y á no consentir

que otro la abandone. Si faltó á este juramento, que Júpiter Óptimo Máximo castigue á mi familia y á mí con la muerte más cruel. Cecilio y todos los que aquí estáis, jurad por estas palabras, yo lo exijo: el que no jure, perecerá al filo de esta espada.» Temblando como si hubiesen visto al mismo Anibal, todos juraron y se entregaron á la guarda de Escipión.

Mientras ocurrían en Canusia estos acontecimientos, cerca de cuatro mil hombres, entre infantes y jinetes, que la fuga había dispersado en los campos, se reunieron al cónsul en Venusia. Habiéndoles distribuido en sus casas los habitantes de esta ciudad para cuidarles, dieron á los caballeros togas, túnicas y veinticinco cuadrigatos, diez piezas de la misma moneda á cada peón y armas á los que no las tenían, recibiendo, en fin, tanto pública como particularmente, generosa hospitalidad. Deseábase que una mujer de Canusia no fuese superior en munificencia al pueblo de Venusia; pero el considerable número de sus huéspedes imponía á Busa carga mucho más pesada, porque en Canusia se habían reunido ya diez mil hombres. Cuando Apio y Escipión supieron que vivía uno de los dos cónsules, le enviaron en el acto un emisario, para enterarle de las fuerzas de caballería é infantería que tenían con ellos y para preguntarle si debían llevárselas ó permanecer en Canusia. Varrón acudió á reunirse con ellos, y de esta manera tuvieron ya aspecto de ejército consular, y parecía que se encontraban en estado de defenderse, si no en campo abierto, al menos detrás de fortificaciones. Ignorábase en Roma la existencia de estos restos, y hasta había corrido el rumor de que los cónsules habían perecido con los dos ejércitos, no escapando nadie á la matanza. Nunca se había visto, encontrándose libre la ciudad, tanto terror y tumulto en sus murallas; describirlo, sería empresa superior á mis fuerzas, y no trataré de

referir hechos que mi relato debilitaría. Después de un cónsul y un ejército perdidos el año anterior, en el Trasimeno, no era esto ya una herida sobre otra herida; era más bién como muchas derrotas en una derrota: decíase que dos ejércitos consulares habían sido exterminados con los cónsules; no quedaban ya ni campamento, ni jefe, ni soldados; y que Anibal era dueño de la Apulia, del Samnio y de casi toda Italia. Cualquiera otra nación habría quedado sin duda agobiada ante tamaño desastre. ¿Podrían comparársele la derrota naval de los cartagineses, cerca de las islas Egatas, que á tal punto les abatió que abandonaron la Sicilia y la Cerdeña y consintieron en ser tributarios, ó bien aquella famosa batalla de Africa que el mismo Anibal perdió más adelante? Nada son en comparación de ésta, como no se tenga en cuenta que fueron sostenidas con mucha menos firmeza.

Los pretores P. Furio Filo y Manio Pompenio convocaron al Senado en la curia Hostilia, á fin de concertar las medidas necesarias para la defensa de la ciudad; porque no dudaban que después de destruir los ejércitos, el enemigo viniese á sitiar á Roma, puesto que era lo único que le quedaba por hacer. Como en una desgracia tan grande y desconocida aún, era difícil tomar una resolución; como los gritos y lamentos de las mujeres resonaban en las puertas del Senado, y como en la ignorancia en que se encontraban, todas las casas lloraban á la vez los muertos y los vivos, Q. Fabio Máximo dijo «que era necesario enviar por la vía Apia y por la vía Latina jinetes armados á la ligera, para interrogar á los que encontrasen (porque de seguro algunos se habrían dispersado en la derrota) y saber por ellos cuál era la suerte de los cónsules y los ejércitos; si los dioses inmortales, compadecidos de las desgracias del imperio, habían conservado algunos restos de las legio-

nes, dónde se encontraban, dónde había marchado Aníbal después del combate, qué proyectaba, qué hacía y qué iba á hacer. Esta comisión debían desempeñarla jóvenes muy activos. Los senadores debían encargarse, á falta de magistrados muy poco numerosos, de contener en la ciudad la turbación y el espanto, de impedir la presencia de las mujeres en los parajes públicos y obligarlas á que permaneciesen en sus casas, de reprimir las lamentaciones de las familias, de mantener el silencio en Roma, de enterar á los pretores de todas las noticias, de velar para que cada cual esperase en su casa las que le fuesen personales, de colocar en fin guardias en las puertas, para impedir á todos la salida y para obligar á cada ciudadano á no esperar salvación sino de la salvación de la ciudad. Cuando el tumulto estuviere calmado, podrían convocar de nuevo al Senado y deliberar acerca de los medios de defensa.»

Habiendo aprobado todos esta opinión, los magistrados disolvieron en el Foro la muchedumbre y los senadores se distribuyeron por diferentes puntos para calmar la agitación. Entonces llegó por fin una carta del senador Terencio, en la que anunciaba «que el cónsul Paulo Emilio había perecido con el ejército; que él se encontraba actualmente en Canusia, donde recogía los restos del inmenso naufragio; que tenía próximamente diez mil hombres sin organización y desordenados; que Aníbal continuaba en Cannas ocupándose del rescate de los prisioneros y del resto del botín, sin mostrar en nada carácter de vencedor, ni conducta de gran capitán.» Entonces supieron también las familias sus pérdidas particulares y tantas personas vistieron luto, que se interrumpieron las fiestas anuales de Ceres (1), no

(1) No podían celebrarse las fiestas de Ceres durante un luto público, porque entonces vestían de negro las señoras ro-

pudiendo celebrarlas los que están de duelo, y no existiendo por otra parte en aquella ocasión ninguna madre de familia que no hubiese experimentado alguna pérdida. Por esta razón y para que la misma causa no impidiese también los demás sacrificios públicos ó particulares, se limitó el luto á treinta días por un *senatus-consulto*. Por lo demás, cuando una vez calmado el tumulto, se reunieron de nuevo los senadores, otra carta enviada desde Sicilia por el pretor T. Otacilio, les enteró de que «una flota cartaginesa devastaba los estados de Hierón; que en el momento en que se disponía á socorrer á este rey, cediendo á sus instancias, habíanle anunciado que se encontraba otra flota cerca de las islas Egatas, equipada y dispuesta para lanzarse sobre Lilibea ú otra provincia romana, en cuanto le viese partir en socorro de las costas de Siracusa; que se necesitaba por tanto otra flota si quería defender un príncipe aliado y la Sicilia.»

«Cuando se enteraron de las cartas del cónsul y del pretor, decidióse enviar al ejército de Canusia á M. Claudio, que mandaba la flota en la estación de Ostia, y llamar el cónsul á Roma en cuanto entregase el ejército al pretor, si lo consentían las necesidades de la república. Diferentes prodigios perturbaron los ánimos después de aquel inmenso desastre, especialmente porque aquel año dos vestales, Opinia y Floronia, habían quedado

manas, mientras que para la celebración de estas fiestas debían llevar trajes blancos.

Introdujéronse en Roma las fiestas de Ceres bajo la edilidad de Memmio. Comenzaban el 15 de los idus de Abril, duraban ocho días y las celebraban en el circo las señoras romanas, vestidas de blanco, así como los hombres, que eran simples espectadores. Las señoras desfilaban con antorchas en recuerdo de los viajes que hizo Ceres en busca de Proserpina, con una antorcha encendida en el monte Etna. Durante estas fiestas, las señoras estaban obligadas á completa castidad.



convictas de estupro; una, según costumbre, había sido enterrada viva cerca de la puerta Colina, la otra se dió la muerte. L. Cantilio, escribiente de los pontífices menores, que habían seducido á Flordia, fué azotado con varas por el pontífice máximo, en el comicio, hasta que expiró bajo los golpes. Habiendo sido transformado este crimen en prodigio, como sucede en las grandes desgracias, recibieron orden los decenviros de consultar los libros sibilinos, y Q. Fabio Pictor fué enviado á Delfos para preguntar al oráculo por qué plegarias y sacrificios podría aplacarse á los dioses y cuál sería el término de tantas calamidades. Entretanto, según las prescripciones de los libros sagrados, se celebraron algunos sacrificios; entre otros un galo y una gala, un griego y una griega fueron enterrados vivos en el Foro boario, en un paraje cerrado por piedras enormes y ensangrentado ya por víctimas humanas, sacrificio indigno del nombre romano. Creyendo el pueblo satisfechos á los dioses, M. Claudio Marcelo envió á Roma para que la defendiesen mil quinientos soldados alistados para la flota de Ostia. El mismo, habiendo enviado la tercera legión, que se encontraba en la flota, á Teano Sidicino, con los tribunos militares, y entregado la flota á P. Furio Filo, su colega, partió pocos días después, á marchas forzadas, á Canusia. M. Junio, creado dictador por autoridad del Senado, y T. Sempronio, jefe de los caballeros, alistaron los jóvenes, desde la edad de diez y siete años, y hasta algunos que no habían vestido la pretexto. Esta leva se elevó á cuatro legiones y mil caballos. También pidieron soldados, según los tratados, á los aliados y pueblos latinos, y mandaron que se aprestasen armas, venablos y todo lo demás. Recógense de los templos y de los pórticos los antiguos despojos de los enemigos, y se dispuso una leva de nueva especie, impuesta por la necesidad y la carencia de ciudadanos. Ocho mil esclavos de los

más vigorosos, á quienes primeramente se preguntó si querían servir, fueron comprados y armados á expensas del censo público. Aunque á menos coste podía rescatarse los prisioneros, prefirióse tener estos soldados. Aníbal, después del espléndido triunfo de Cannas, entregándose más á la embriaguez de la victoria que á los cuidados de la guerra, hizo desfilar á su presencia los prisioneros, y separando á los aliados, les habló bondadosamente, como en Trevia y Trasimeno, y los despidió sin rescate. En seguida llamó también á los romanos, cosa que no había hecho todavía, y les dijo con bastante afabilidad: «que no hacía á los romanos guerra de exterminio; que combatía solamente por el honor y el imperio; que sus abuelos habían cedido al valor romano, y que quería que los romanos á su vez cediesen á su fortuna y valor: que les ofrecía, por tanto, la libertad de rescatarse; que el rescate sería de quinientos cuadríngatos por caballero, trescientos por infante y ciento por esclavo.» Aunque ahora aumentaba la cantidad que los caballeros habían estipulado en la capitulación, aceptaron, sin embargo, con alegría estas condiciones de libertad. Eligieron diez compañeros suyos para que marchasen á Roma á hablar al Senado, sin que se exigiese otra prenda que su honor y juramento de regreso. Envióse con ellos á Carthalón, noble cartaginés, encargado, en el caso de que los romanos estuviesen dispuestos á la paz, de proponer las condiciones. Cuando salieron del campamento, uno de ellos, que tenía muy poco del carácter romano, fingiendo que había olvidado algo, volvió al campamento para libertarse del juramento, y se reunió con sus compañeros antes de obscurecer. Cuando se supo en Roma que se acercaban, envióse un lieto á recibir á Carthalón, para mandarle, de parte del dictador, que saliese antes de amanecer del territorio de la república.

El dictador recibió en audiencia en el Senado á los legados de los prisioneros, cuyo jefe, M. Junio, habló de esta manera: «Padres conscriptos, ninguno de nosotros ignora que jamás pueblo alguno atendió menos á los prisioneros que el pueblo romano. Sin embargo, á menos que nuestra causa no nos perjudique mucho, jamás hubo prisioneros menos dignos de desprecio que nosotros. No hemos entregado las armas por cobardía en medio del combate; pero después de haber peleado hasta cerca de la noche en medio de montones de cadáveres, volvimos á nuestro campamento. En el resto del día y la noche siguiente, á pesar del cansancio y de nuestras heridas, aumentamos nuestras fortificaciones. Á la mañana siguiente, atacados por un ejército victorioso que nos quitaba el recurso del agua, no viendo esperanza alguna de abrirnos paso entre las apretadas filas del enemigo, pensando que después de la matanza de cincuenta mil hombres, algunos romanos podían sobrevivir sin deshonra á la batalla de Cannas, tratamos al fin de nuestro rescate, y rendimos al enemigo las armas que de nada podían servirnos. Sabíamos que nuestros antepasados se rescataron también por dinero de manos de los galos; y que vuestros padres, aquellos varones tan severos para las condiciones de paz, enviaron sin embargo legados á Tarento para el rescate de los cautivos. Ahora bien: el combate de Alia contra los galos y el de Heraclea contra Pirro fueron menos deplorables por las pérdidas experimentadas en ellos que por el temor y la derrota. Los campos de Cannas están sembrados de romanos, y nosotros solamente hemos escapado á la muerte porque han faltado al enemigo hierro y fuerzas para exterminarnos. Algunos de nosotros ni siquiera se han separado del campo de batalla; quedando para guardar el campamento, cayeron con él en poder del enemigo. No envidio la fortuna ni la condición de nin-

guno de mis conciudadanos, ni quiero alzarme á expensas de otros. Pero á menos que la agilidad de pies y la carrera no sean un mérito, los que huyeron sin armas del campo de batalla, sin detenerse hasta Venusia ó Canusium, no pueden seguramente considerarse superiores á nosotros, ni gloriarse de ser más útiles que nosotros á la república. Sin duda encontraréis en ellos buenos y valientes soldados; pero nosotros seremos todavía más adictos á nuestra patria, porque habremos sido rescatados y devueltos á ella por vuestro beneficio. Estáis haciendo una leva de todas las edades y condiciones; hanme dicho que armáis ocho mil esclavos. No es menor, nuestro número y nuestro rescate no costará más que la compra de estos últimos: por lo demás, si los comparase con nosotros, injuriaría el nombre romano. Creo también que en este asunto debéis considerar, padres conscriptos (si os inclináis á un rigor que no hemos merecido en manera alguna), á qué enemigo vais á entregarnos. ¿Será á un Pirro, que tratará á los prisioneros romanos como huéspedes, ó á un bárbaro, á un cartaginés cuya crueldad corre parejas con la avaricia? Si vieseis las cadenas, la suciedad, el desmejoramiento de vuestros conciudadanos, no os afectaría menos este espectáculo, que si por otra parte tuvieseis á la vista vuestras legiones tendidas en los campos de Cannas. Podéis contemplar la inquietud y las lágrimas de nuestros padres, que se encuentran en las puertas del Senado esperando vuestra respuesta. Pues bien: cuando estos esperan con tan profunda inquietud por nosotros y los ausentes, ¿cuál creéis que es la ansiedad de aquellos de cuya vida y libertad se trata aquí? Juro por los dioses que si el mismo Aníbal, contra su carácter, quisiera mostrarse humano con nosotros, no querríamos la vida después que vosotros nos hubieseis considerado indignos del rescate. En otro tiempo los prisioneros de